

Elegía a Alceo Rafael Barrios



Sucede cuando la muerte acaece brutal, inesperada, maliciosa. Entonces ella establece un límite incierto con la existencia real. Esta geografía pequeña y de tiempo fantasmagórico... Alceo... es la que me permite hablar contigo. Encuentros que parecían fútiles y de cualquier momento, hoy creo imaginar que son una prolongación más de ellos.

Aún rebelado de aceptar una última imagen tuya, puedo decirte estas palabras que nunca percibimos que estarían caladas de tristeza. Tú te repetías en eso de servir insaciable al destino. De seguir desgajando tu armadura a los sacrificios continuos ¿intranscendentes? de la vida. Te adentrabas a ese ímpetu avasallador e incansable en busca de ser y advertir de tu presencia. Ahora, con la distancia huyendo entre nosotros, quisiera despertarte. Y retirarte de la justa a que te sometías sin reservas. Eras un gladiador diario. Honesto, profundamente convencido en eso de honrar a la existencia. ¿Por qué nunca resignaste ser el caminante tenaz, ansioso de las ofrendas? No sabías huir del destino. De ese farsante que nos embauca y cautiva. De ese impostor atormentado por su propio final. El culpable de horadar el sentimiento, disipando nuestras instancias de ser sólo el presente.

¡Si nouviésemos "yo"! ¡Si pudiésemos transcurrir como la materia más elemental o las criaturas sin conciencia predeterminada del destino! Entonces me entregaría a este sol y al delirio gris de los hombres y no tendría temor de ejecutar mis pasiones. No necesitaría soñar o escapar de la realidad. Sería capaz de transitar la historia sin lápidas y llegaría al futuro sin fraudes.

Huyo y este mundo me pertenece. Procede de mi visión y de mi piel. De la intransigencia de crearme

único para soportarme. Este cosmos indefinido ve cursar a los hombres con sus emociones oscilando entre culpas y comprensiones. Sólo el orgullo nos mantiene incólumes sabiendo que somos seguros condenados a la indiferencia genuina del viejo ejecutor.

¿Cómo no poder prolongar la placidez de la inconsciencia hacia la turbulencia de lo mundano! Embriagados de esa quietud indiferente. Emancipados de toda atadura a lugares y personas. Ser desgarrados únicamente por el hálito a olvido que declina sobre nuestros cuerpos el tiempo al devolvernos a la luz. Permanecer liberados de la tierra y sus circunstancias para ser algo de esa nada fundacional. Aquella que debió tener el mundo antes de ser.

Sé que huimos de nuestro propio destino hacia tierras tan extrañas como éstas. La senda está llena de nosotros con las mismas emociones y sentimientos. Desprovistos de toda memoria, los hombres suceden imaginarios. Sólo es real la génesis y la muerte. Luego ilusionamos erróneamente en la vida para intentar perpetuarnos. Por eso la muerte conmueve hasta las lágrimas. Lo sabíamos. Lo habíamos hablado un mediodía con el sol vertical que volvía más prominentes a las cúspides de Luján. Bajo una esfera infinita y lúcida. Abismal. Una cúpula que encierra su significado en la intriga. También nos preguntamos por el sentido. Ahora sé que nunca pudiste renunciar a ser un guerrero astral. A trepar cada amanecer a ese sueño de conquistar el siguiente. Creo recordar que en aquel día bajaste tu tez morena y en un baluceo de dos o tres palabras aceptaste la coincidencia. Luego te perdiste en las callejuelas que bordean la Basílica. Como siempre... salvo que no sabíamos que por ellas también se iba el tiempo, el verdugo que a veces se adelanta a nuestra propia sombra.

Jorge C. Trainini

Por el Comité Editor de la
Revista Argentina de Cardiología

Adiós a Rafael

Temprano levantó la muerte el vuelo...

Qué mejor que estas páginas, querido amigo, para darte este adiós de despedida. Ellas son la pertenencia de todos los cardiólogos y por lo tanto el ámbito más profundamente idóneo para estas doloridas palabras. Quiero trascender el íntimo espacio de nuestra amistad personal y llorar tu pérdida abrazado con toda la comunidad cardiológica. Porque no sólo yo te voy a extrañar, sino todos, los que te conocieron y los que no, porque fuiste un paradigma del cardiólogo argentino.

Tuve el privilegio de conocerte, allá lejos en el tiempo, desde que empezaste a trajinar los pasillos y las salas del viejo Hospital Italiano, como residente de Cardiología.

Desde el comienzo te mostraste con una personalidad fuerte, una inteligencia aguda y un espíritu inquieto y ávido, con la avidez de los que no quieren seguir moldes preestablecidos.

Todos sabemos que a la residencia se llega como un estudiante con un título y en pocos años se opera el casi milagro educativo que culmina en un cardiólogo formado y con una impronta que llevará toda su vida. Vos dejaste el hospital con mucho más que un diploma, partiste con la madurez médica y personal necesaria para desarrollar el proyecto que tenías trazado desde el principio.

No es fácil salir del vientre materno de la residencia para ir a edificar solo. En charlas de amigos siempre nos habías expresado que tenías para tu vida futura dos objetivos: por dura que fuera la tarea asistencial, mantendrías la lectura sistemática y el acceso a la formación médica. Siempre cumpliste ambos férreamente. Así, participaste anualmente de los congresos argentinos y extranjeros e hiciste el elogiado esfuerzo de comunicaciones propias, asombrando

muchas veces en las reuniones con tu acabado conocimiento de los datos más actuales.

Con el tiempo te convertiste en el gran cardiólogo de Luján y seguiste viniendo a Buenos Aires asiduamente; en el Mitre, el Italiano y últimamente en el Güemes se te recuerda con afecto y admiración. En lo personal disfruté mucho tus recorridas conmigo en la unidad coronaria y me acompañaste, como parte del “alma mater”, en la organización y la mística de las reuniones del Alumni de Cardiología.

Tampoco se puede omitir el recuerdo de tu generosa participación en nuestra querida Sociedad de Cardiología, a la cual, más allá de los cargos, entregaste cuerpo y alma.

Por último, voy a hablar de aquel ser humano al que tuvimos la dicha de acceder los que formamos tu círculo íntimo de amigos. Esto es lo más difícil de comunicar porque pertenece a lo más profundo de los sentimientos, a la esencia del alma misma, y las palabras suelen no alcanzar.

Fuiste un hombre bueno, Rafael, con una sensibilidad fuera de lo común, con una entrega absoluta a tus ideales y a lo que amabas. Tu sentido supremo de la amistad te hizo tener una lealtad sin límites y muchas veces fuiste componedor en los inevitables conflictos de la vida. Tu moral no tenía concesiones, lo que a veces te llevó a confrontaciones ásperas pero honestas, que dejaron cicatrices que te hicieron sufrir mucho, pero que asumiste con hidalguía.

Sólo me resta decirte en este adiós, querido amigo del alma, que dejaste una huella imborrable en este mundo, no pasaste por él en vano.

Podés descansar en paz.

No te olvidaremos nunca...

José Luis Navarro Estrada